

# PLÁTICA

PREDICADA EN EL DIA

## DE LA ENCARNACION

AÑO DE 1802.

EN LA CONGREGACION DE SAN FELIPE NERI

Por Don Manuel de Leon

Capellan del Real Colegio náutico de San  
Telmo y Beneficiado de la Parroquial  
de los Santos Mártires  
Ciriaco y Paula.



CON LICENCIA.

---

EN MÁLAGA:

Por Iglesias y Martinez.







VERBUM CARO FACTUM EST. JOAN. I. V. 14

**S**i no agravára y pegára con la tierra este cuerpo corruptible al pobre espíritu encerrado en él, que quiere aplicarse á pensar cosas dignas de su nobleza, y desembarazados de esta niebla, que de sus vapores se levanta y difunde sobre nuestra vista interior, llegásemos á percibir con tal qual claridad, que viene á ser quedar enemistados con Dios perpetuamente; que casta de sujeto, y quan malo para dueño es el demonio; quanto daño es quedar excluidos para siempre de aquellos Cielos hermosísimos, y del goce del amabilísimo Señor en ellos, y por último, ser irremisiblemente adictos, en cometiendo un pecado (¿y quien sería el que no lo cometiera?) despues de quatro dias de embaucamiento aquí con juguetes de niños, á caer, para no ver mas luz, ni mas descanso, en un horno de fuego obscuro y sempiterno; en suma, si pudiésemos penetrar bien la respuesta á esta pregunta, ¿qué fuera de nosotros



si Christo nuestro Señor no hubiera venido al mundo á salvarnos ? entonces si , que sabríamos estimar , agradecer y celebrar el misterio de este dia.

Mas yá , que por nuestro infame nacimiento ; al que quatro soberbios quieren todavia llamar alto, somos tan viles, que ni para pensar en nuestro bien , podemos sin mucha violencia desprender la mente de estas cosas ruines, ¿ que hemos de hacer ? ¿ Acobardarnos , y no vencer la repugnancia de entrar en meditacion atenta del mal en que yacíamos, del asombroso arbitrio, con que nos han sacado de tal cima, y del peligro que corremos, no obstante, de volver á dar en ella ? ¡Ay, Christianos míos ! ¡dichosísimos si sabeis haceros cargo de vuestro bien; infelicitísimos, si no teneis siquiera retentiva para conocerlo ! Puesto que la divina luz no falta, pido, no ya que despidais para siempre los pensamientos y cuidados de estas cosas terrenas, no , no pido tanto ; pero á lo ménos, que como ínfimos criados, que son, le hagais quedar allá fuera , y segun pide la decencia, queden solas vuestras almas que son las Señoras, en este como estrado de aquella magnífica Divinidad, que quiere por mi medio haceros conversacion este dia , no digo de lo que hizo , sino de lo que se hizo, y á lo que se reduxo por vosotros ; á ver, si los que tan inclinados sois á hacer alarde y lucir vuestros connotados, altos parentescos y enlaces, que-reis estimar en algo, que haya el mismo emparentado con vosotros , pasandoos del estado

de reos, sentenciados por traidores, al de hijos admitidos á la herencia.

Desembarazados pues un poco de la turba de idéas importunas, pongámonos con la consideracion en aquella hora menguada en que el mal aconsejado Adan constituido por Dios cabeza de todo el género humano, incluidas en la suya las voluntades de quantos de él hubiesen de descender, colocada en sus manos, y puesta en su arbitrio la dicha ó la desgracia de toda su posteridad con la condicion y como pleito homenaje de que sino conservase en cumplimiento de un precepto facilísimo aquella justicia original, en que acababa de ser criado, fuesen todos privados de ella, y despedidos como hijos de un traidor de aquella bienaventuranza, que aun sin esta tacha á nadie era debida; mas si se mantenía constante en la fidelidad jurada, se empeñaba S. M. en concederla á todos; él atropellando por todo por complacer á una muger altiva, empeñada en que se habian de eximir del dominio del mismo Criador, ponérsele al lado, y gobernarse por sus conocimientos, se dexó ir á rebelion tan impía, no haciéndole fuerza ni el beneficio todavia fresco de la creacion, ni la Magestad del Soberano Dios que violaba, ni la perdicion de tanto desdichado hijo, que envolvía en su desgracia. ¡Ay, felicidad perdida para siempre! ¡y por el gusto momentaneo de un bocado! Cerróse á toda humana criatura la puerta del Cielo: mudó de dueño y de destino: la que era hija de Dios hermosísima destinada á



reynar con él en perpetuas delicias, quedó horrible, esclava de aquel tirano con quien habia querido consentir en la soberbia, consignada á tormento eterno en su horrenda prision, despues que aquí se le hubiese permitido por breves dias, como de capilla, quatro gustos miserables, semejantes á aquel regalo que se tiene á los infelices, que han de ir al suplicio, en aquellas cortas horas que se les dan de vida.

En este estado de cosas tan mudadas de un instante á otro, haced cuenta, oyentes mios, que hallándonos presentes, no como comprendidos en la desgracia, sino como personas de otro origen, á los consejos que delibera entonces aquella inmensa Magestad amante de su criatura, pero tan insolentemente ofendida de ella; á la manera de quien quiere darnos parte en sus determinaciones, nos pregunta, como ha preguntado alguna otra vez con infinita dignacion á sus amigos, ¿que hará con el traidor y su dañada mala raza? Y nosotros, conociendo por una parte su clemencia, y siendo por otra incapaces de comprehender toda la malicia del delito; Señor, decimos, pues que supera en tí la misericordia á toda malicia, aún enormísima, bien puedes generosamente perdonarlo. ¿Así? ¿tan facilmente, dice Dios, puedo yo perdonarlo? ¿Qué se entiende por poder? Si poder es tener fuerza, vigor, para obrar á diestro y á siniestro, llevar á efecto por encima de todo inconveniente sus voluntades, nada hay superior á mí, ni puede alguien resistirme. Pero no es de esa naturaleza

mi poder, no es poder para proceder con desórden, sin equidad, sin consejo, sin decencia, sin justicia. ¿Pasar impunemente un agravio, y vulnerada mi honra, quedar riendo el atrevido? Eso lo puede, y lo debe una criatura, por que es nada su honra, así como es sacada de la nada ella misma: y aun eso no queda así, porque tomo yo á su tiempo la mano y el lugar del agraviado, y castigo mucho mas que él pudiera sus injurias; que tanto como eso me repugna que quede la sinrazon triunfante. ¿Pero el desprecio del sumo Bien? ¿La insolencia contra la Magestad infinita? ¿La deshonor del Criador del universo? ¿Como habia de quedar el universo mismo con ese borrón? ¿Qué obra sería la mia tan menguada? ¿Quien la tendría por obra de Artífice Sumo cabalísimo? Porque si cielos, si astros, si elementos caminasen en desórden, y fuera cada movimiento una confusion, un torbellino, no sería tanto desconcierto, tanta fealdad, como que un agravio mio quedase así en perpetuo disimulo.

Adoramos, Señor, tu Santidad; pero no decimos tanto, como que quede el hombre sin castigo, puedésele perdonar la culpa, obligándolo á una asperísima penitencia: pase en llanto, ayunos, trabajos, enfermedades, largos años de vida, y acábase esta por última obra satisfactoria con perderla entre congojas y gemidos. ¿Llanto? Ayunos? Penitencia? Primeramente, nada de eso puede él sin una gracia mayor que la que ha perdido por desprecio; la misma que tampoco se le puede conferir yá con



dignidad y con decencia. Y luego; ¿que viene á ser todo eso para mi desagravio? Por que si quantos hombres ha de haber en la sucesion de los siglos, si quantos Angeles hay yá gozándose en los Cielos, se consumiesen por mí en prolixos y cruelísimos martirios, y además, quanto hay criado se reduxese en sacrificio á aquella nada de donde salió, todo ello no es parte para darme satisfaccion cumplida: el agravio quedaría siempre en pie, ni es capaz nadie, no digo de satisfacer; pero ni de conocer que quiere decir ofensa de Dios, sino yo mismo que lo soy.

¿Así, Señor? ¿Qué remedio, pues? Quede sin perdon, piérdase el pecador, pues que lo quiso, y acompañe en los tormentos á aquel pérfido con quien se quiso aconsejar, de quien quiso seguir impiamente el exemplo; porque ¿qué otro arbitrio puede darse, ó que partido queda? ¿Perderse, decís? Nada ménos. ¿La hechura favorita de mis manos? ¿La criatura que es el complemento y sello de mis obras? ¿La que las compendia en sí todas? ¿En la que tienen parte quantas naturalezas hay en lo criado? ¿mi querida? ¿mi estudio? ¿mi primor? No puede ser, no me avengo, no lo quiero. Arrojé para siempre de mí á aquellos Angeles rebeldes; pero no fuéron todos, me quedé con los dos tercios siempre fieles. Aquí no ha quedado libre de la desgracia un hombre solo para mi Reyno. De aquellos ni uno tan solo pereció, que no fuese por su voluntad propia, estos todos han perecido por la agena. Aquellos son



inmutables por naturaleza, y la resolución que tomó una vez su voluntad, la tomó invariable y obstinadamente para siempre; estotros son de voluntad flexible, capáz sin violencia del arrepentimiento. Aquellos son grandes, poderosos, fuertes, soberbios; estos son pequeñuelos, flacos, miserables, abatidos. De aquellos me irrita la ofensa; de estos me lastima la caída. No puede ser, no, quiero su remedio.

Pero, Señor, si el perdon no ha de ser sin satisfaccion completa, atento á lo que dices de tu honra y tu justicia, y tal satisfaccion no puede darte quien no te sea igual, ¿que soldadura tiene esto? :: Ahí es donde entran los excesos de mi amor, las invenciones de mi sabiduria, la fuerza de mi omnipotencia, la inmensidad de mi misericordia, la inflexibilidad de mi justicia, la efusion de todos mis atributos en todo magníficos, maravillosos, infinitos. Este es un arbitrio que jamás pudo ofrecerse á entendimiento criado; quando hubiera podido ofrecérsele, no lo pudiera haber imaginado posible; aun quando lo hubiera creído tal, jamás se hubiera atrevido á desearlo y mucho menos á pedirlo. ¿Qual, Señor? sácanos de curiosidad, dignate de que veamos:: ¡O! es un arbitrio por el qual el reo quedará perdonado, y no quedará el delito sin su merecido: el hombre será restituido á sus derechos y esperanzas, y mi honra quedará cubierta, satisfecha con el último rigor mi lesa Magestad, vengada cumplidamente mi injuria.

Entended como: aquí no interviene mas

que el hombre agresor, y yo Dios ofendido. El hombre tiene sobre sí toda la deuda; pero para la paga nada tiene. Dios todo lo tiene; pero nada debe. El hombre puede padecer pero sus penas nada valen. Dios vale infinito; pero cosa de padecer no puede. El hombre es el único obligado; pero la última miseria. Dios es la suma riqueza; pero es solo acreedor. Es pues el arbitrio (¡pasmaos!) que se junten en una misma Persona Dios y hombre: y del mismo modo que un alma y un cuerpo, aunque de naturalezas tan distintas y desiguales se unen á hacer un hombre, y los dos unidos no son mas que una persona, que tiene propiedades de uno y otra; así un cuerpo y alma humana, que mi poder forme y crie en las entrañas de una Virgen, que tengo ya para este caso prevista, unidos con la Divinidad en la Persona de mi Hijo, harán un solo Christo, Dios y hombre, explíquese así, en una pieza, en una única persona. De esta manera será uno mismo el que debe y el que tiene; Dios podrá padecer, por ser ya hombre, el hombre podrá satisfacer por ser ya Dios: se executará con todo rigor el castigo del pecado en aquel Hombre; pero como aquel Hombre será juntamente Dios, valdrá qualquier satisfaccion suya para darme mas honra, que quanta podrian quitarme con sus delitos una infinidad de pecadores.

¡Ay! ¡oyentes míos! Bastante nos ha dicho Dios, si tenemos algo de racionales. Reflexe-  
mos pues, discurramos entre nosotros mismos y sepamos el Dios que tenemos. Decid; ¿qué sabi-



duria mayor que conciliar cosas tan encontradas, y hallar modo, como sin faltar al buen orden sea, no obstante, el acreedor el que pague, y el deudor el que enriquezca? ¿El ofendido el que dé satisfaccion, y el agresor el que reciba una honra infinita? ¿Qué mayor poder, que juntar en union tan estrecha los extremos mas distantes, mas diversos, mas repugnantes, mas enemistados? ¿Qué mayor misericordia, que substituir al Hijo, para que padesca el suplicio por el esclavo? ¿Qué justicia mas severa, que no perdonar al Unigénito que quiso salir á la deuda por el siervo? ¿Qué amor mas extremoso, que abatirse á tal extremo, sujetarse á condicion tan dura, contraer parentesco tan inmediato, venir á union tan estrecha como hacerse con su querido, no ya un íntimo, no un esposo, que es lo último á que puede llegar la union que hace el amor, sino una Persona sola de las dos naturalezas? De esta manera (¡ó que resultados!) con motivo de la mas fiera enemistad se vino á hacer la intimidad mas estrecha: por la mas reñida discordia la union mas indisoluble: por el mas horrendo agravio el mas inestimable beneficio: por la extrema separacion la suma comunicacion: por la mas profunda caída la elevacion mas alta: por la pérdida mas lastimosa el mas feliz hallazgo.

¡Quien se lo dixera á aquel Adan inconsolable, quando se halló burlado despues de su culpa, que tanto bien, que tanta gloria vendria con ocasion de ella á su descendencia! ¡Como

se hubiera guardado bien el demonio de tentarle, si hubiera sabido que en lugar de la satisfaccion de su embidia y consuelo que buscaba á su desdicha, haciéndose un compañero en ella, habia de encontrar causa de mayor tormento, viendo usar con el triste cómplice una misericordia, una indulgencia negada absolutamente á él, y de mas á mas, levantado á tal altura, que habiéndole inspirado él, que apeteciese soberbiamente ser como Dios, otro Dios, ponerse á su lado, ser dueño de sí mismo; se viese luego á pesar de altivez tan impía, y aun tomada ocasion de ella, ser el hombre, no ya como Dios, sino Dios verdaderamente: no otro Dios, que sería una chîmera, sino el mismo Dios: no como quiera ponerse á su lado, sino sentarse en su trono á su derecha, dueño, no de sí, sino de todo el universo, ante quien se arrodillen, ó de grado, ó de por fuerza, todos quantos son los que ó reynan eternamente en los Cielos, ó viven temporalmente en la tierra, ó mueren para siempre en los infiernos!

Conque al fin, oyentes mios, ¿Dios es hombre como nosotros, y un hombre como nosotros es Dios? ¿Conque aquel Espíritu purísimo, simplicísimo, divinísimo, distantísimo de todo lo que es corporal, tiene yá pies, manos, cabeza, entrañas, miembros como los nuestros; y no solo como los nuestros, sino de nuestra propia raza, hechos de nuestra propia substancia, formados de nuestra propia sangre, amasados de nuestro propio barro, compagi-



nados por la virtud divina en el vientre de una hija, como nosotros, de aquel mismo Adán pecador, bien que purísima ella, nutridos allí por nueve meses, como los nuestros, de la misma substancia que ellos, dado á luz en mayor pobreza todavía que nosotros, alimentado con la misma leche, expuesto al mismo aire, molestado de la misma intemperie? ¿Con qué Dios es de nuestra casta, de nuestra familia, de nuestros abuelos, nuestro pariente, nuestro hermano? ¿Con qué uno de nosotros es Dios, y Dios es uno de nosotros? ¡De nosotros hijos del primer traidor del mundo! ¡De nosotros malditos en nuestro padre, junto con la tierra que nos sustenta! ¡De nosotros canalla vil, chusma condenada, agavillados para arder en infernales llamas! ¿Con qué nosotros, esclavos por nuestro nacimiento del demonio, podemos ya alternar con los Príncipes del Cielo? ¿Con qué esta alma infelicísimamente sellada con la marca del infierno, y este cuerpo asquerosísimo, pasto en breve de la podredumbre, están destinados para levantarse del polvo y del estiercol á sentarse en aquellas esplendidísimas sillas entre ellos? *De pulvere! de stercore! ut sedeat cum Principibus, et solium gloriæ teneat!*

¡O dichosísimos, nobilísimos, divinos oyentes míos! nosotros, *jam me nemo despiciat*, esto y nada menos somos; y sin embargo tu, necia muger, cabeza infelicísima (perdonénseme estos términos, que no me los dicta mejores la ira que aquí me inflama) vas á poner tu gala en quatro trapos, tu lucimiento en quatro relum-

brones, tu gloria en los ojos de quatro dementados, tu alegría en quatro saltos ! ¡ O baxeza de alma ! ¡ Esto somos ; y sin embargo , tienes tu por bien , joven desconsertado, rebolcar en el cieno este cuerpo tan ennoblecido ! ¡ Esto somos , y sin embargo , no te confundes tu , hombre que lo eres casi por yerro de cuenta, de ahogar en el vino la racionalidad de esta alma tan elevada ! ¡ Esto somos, y sin embargo, hay en tí, hombre avariento, la vileza de enterrar en las arcas este corazon generosísimo ! ¡ Esto somos, y sin embargo, ves tu con frialdad , hombre de piedra, la hambre y desnudéz de quienes son, no menos que tu, esto mismo ; y hallas sin embargo lícitos los gastos en placeres costosos , en juegos fuertes , en pompas soberbias ! ¡ Así se desatiende la carne de tu hermano ! ¡ se corrompe la tuya ! ¡ se deshonra la de tu Dios , que toda es una ! ¡ Ay afrenta de tu linage divino ! ¡ ignominia de tu Dios Encarnado ! ¡ Quan abochornado debe de estar de que seas tú cosa suya ! ¡ A quanta baxeza le trae tu parentesco ! ¿ Es razon ? ¿ Es tener siquiera idea de lo que es honra el proceder así ? ¿ Como pensamos tan baxamente en el estado en que nos ha puesto Dios ? ¿ Como no hacemos alarde de esta connexión, los que tan vanos somos ? ¿ Como nos ponemos al lado de las bestias , y baxándonos á su condicion, nos paseamos hombro á hombro con ellas ? No suceda mas, Señores míos ; conozcámonos, estimémonos, no deshonremos en nosotros mismos á quien así nos ha elevado.



Despidamos pues, de aquí adelante con desdén, enviemos á donde merecen aquellos vicios, aquellos apetitos, aquellos ruines, aquellos infames que pretenden amistad y trato con nosotros, y que seamos todos unos: respondamos á sus solicitudes con una santa altivéz: léjos, léjos, allá con la canalla, no habeis nacido para acercaros á mí, ¿qué, por que me veis andar así incógnito por estas tierras? ¿Ignorais, pues, mi regeneracion? mi espiritual nacimiento? mi alta cuna? mi origen celestial? No soy yo de ese vuestro pais, soy un hombre divino, soy un Príncipe del Cielo disimulado aquí donde me veis toscamente cubierto, mientras ando peregrinando: si estuviera allá en aquellos mis dilatados reynos, paseando aquellos campos de luz, ¿como habiais de ser osados á ponerlos á mi vista? Quedariais deslumbrados, cegariais, quedariais reducidos á nada de solo mi resplandor. No dice con migo esa vil codicia, esa miserable ambicion, esa asquerosa luxuria, nada de toda esa baxeza; mi Hermano Dios tiene acerca de mí otros pensamientos.

Este es, Señores míos, el porte que nos corresponde, este el modo de que ni nos desconozca, ni nos niegue, ni se avergüenze de nosotros aquel Señor, que vino á ser uno de nosotros acá á la tierra, para llevarnos, y darnos asiento y colocacion correspondiente á hermanos suyos en el Cielo.

